

una unión fraternal a pesar de las guerras que constantemente les quebrantaron. A este propósito se deben las anficionías. Estas confederaciones se reunían siempre en un templo. El culto común de una divinidad, la participación en los mismos sacrificios, fueron el único lazo aceptado por los antiguos griegos. En estas reuniones la religión se ocultaba bajo la invocación política. Pues entre los antiguos, y sobre todo en Grecia, no había un acto un poco solemne que no se verificara al pie de los altares y no fuera precedido o seguido de un sacrificio; por eso no es fácil distinguir el carácter religioso del político. Otorgar recompensas nacionales, erigir estatuas y sepulcros a quienes habían servido bien a la patria común, o maldecir a la cabeza culpable, eran actos verdaderamente anficionícos, ya por el género de los castigos y recompensas, que llevaban el sello religioso, ya porque aquella elevada distribución de penas y honores era la verdadera facultad de la anficionía, tribunal supremo de la raza helénica, imagen del consejo de los doce grandes dioses. Entre las ciudades, el consejo de los anficionones ejercía una especie de suprema justicia y de conciliación. Por ejemplo, a todo ejército sitiador de una ciudad anficioníca se le prohibió cortar las cañerías del agua potable o desviar los ríos; tomada la ciudad, el vencedor no podía destruirla; se respetaba a cuantos se refugiaban en los templos y, por último, todos, vencedores y vencidos, estaban en libertad de acudir a los juegos públicos, consultar a los oráculos, hacer sacrificios en el templo común, etc. En fin, los anficionones eran los custodios del derecho de gentes.

Los juegos públicos y los oráculos, precisamente, contribuyeron a sostener la unidad de la raza helénica, desperdigada en las ciudades. Platón creía que para estas solemnidades había un motivo social además de la razón religiosa. "Los dioses —dice—, movidos a compasión por el género humano, condenado al trabajo por la Naturaleza, le han otorgado intervalos de reposo para la sucesión regular de las fiestas instituidas en honor de ellos." <sup>12</sup> En Atenas más de ochenta días al año estaban dedicados a fiestas y espectáculos. Al delincuente se le excluía de estas fiestas, pero el pobre y el esclavo participaban de ellas. Mientras duraban las fiestas dionisiacas en Atenas, recordamos, el esclavo no tenía dueño ni guardias el cautivo; en Creta y Corcira, los amos servían a la mesa a sus servidores.

Estos juegos no eran el entretenimiento inútil de una multitud perezosa, como la plebe de Roma bajo el imperio de los Césares: eran parte integrante de la religión y el culto nacional; constituían una gran escuela del patriotismo y del arte, así como una escuela de moral, pues como dice también Platón: "los presiden y celebran con nosotros las Musas y Apolo".

<sup>12</sup> Platón: *La República*; X, 66, París, 1912.

*Las Clases Sociales en la Ciudad Griega.*—En realidad, la clase social era una casta, donde también los arios construyeron un edificio social que podemos examinar todavía en vivo, y como casi vino a serlo en Europa, a pesar de las pretensiones del Cristianismo. Un noble, aunque extranjero, podía ser admitido en una familia noble; un plebeyo, jamás, aunque fuera compatriota.

Las clases atenienses eran cuatro, a saber: los que poseían más de 500 medidas de renta, en granos o líquidos; los que poseían más de 300; los que sólo tenían 150 ó menos; los que no poseían nada: *tetos*, decían los griegos. Hoy diríamos proletarios.

Esta riqueza cuya renta se calculaba era la territorial, partiéndose de una estimación del producto de la tierra. Pero con el crecimiento de la riqueza mobiliaria la inmobiliaria perdió gran parte de su crédito, y aquella entró también a ser base de clasificación. Sólo a partir de entonces la clase ya no confería derechos políticos, y el cómputo de la renta pasó a servir para el de las contribuciones. Pero esta transformación y sus innumerables consecuencias representó, para las ciudades griegas, una revolución tan larga como la historia griega.

Todo lo cual se entiende con referencia al griego de raza. La ley no reconocía derecho político alguno al extranjero, *meteco*, por muy rico que fuese, ni al liberto. Al esclavo, ni el derecho civil. El esclavo era, sencillamente, un animal.

Antes de Solón, las clases se determinaban por la sangre. Ya en tiempos de Solón, cuya clasificación hemos copiado, en plena fiebre de expansión marítima y comercial, las castas habían desaparecido y las clases se determinaban, las determinó Solón, por la renta.

La expansión marítima, con sus naturales corolarios, enriquecimiento y mercantilización, sobre todo después de la introducción de la moneda, minó los cimientos de la fortaleza clasista de la ciudad griega, lenta pero constante y seguramente. Muchos comerciantes adquirieron vastas propiedades rurales, compitiendo en este género de riqueza con los aristócratas. Poco a poco fue introduciéndose el derecho de testar, antiquísimo en Mesopotamia, y la propiedad se fue individualizando. Luego empezó la mudanza de las castas en clases y la mutua compenetración de éstas; la clase inferior asciende hasta la clase media y ésta hacia la superior.

La comunidad griega, tal como se nos presenta en las ciudades, fuese cual fuese la organización política de la clase superior, vivía de la explotación del hombre. Pero el explotado no era hombre. Y no sólo pensaba así el explotador vulgar y simple sino todos los pensadores, incluso los más eminentes. Platón y Aristóteles no permiten errores, o ilusiones, al respecto. Ni un solo escritor

griego se elevó a una concepción más noble y racional de las relaciones humanas. Y si lo hubo, ninguna palabra suya ha llegado a nosotros.

La sociedad griega no estuvo mejor y más equitativamente construída que la egipcia, caldea o judaica. Al contrario, quizá fue peor, un retroceso. Lo esencial para todo griego, dorio o jonio, o de cualquier otra procedencia, era vivir sin trabajar; la base social de la *polis* griega es la esclavitud. Abajo, en la estructura social, esclavos laboriosos, 400 000 en Atenas, en la época de su mayor florecimiento. Arriba, holgazanes, paseantes, ingenios verbosos, oradores elocuentes y venales, populacho inquieto, muy cuidadoso de que no faltaran a la *polis* dineros con qué mantenerlo, ciudadanos libres pues, en número de 40 000; y coronando el edificio social artistas, poetas, historiadores, filósofos ilustres entre los mayores que la Humanidad ha producido, dados libremente a la ociosidad y la especulación mental. Tucídides era opulento capitalista, propietario de ricas minas; Platón, rico por herencia; Sócrates, en cambio, pobre y de condición humilde y, claro, le tocó beber la cicuta por demagogo y enemigo de los dioses.

Trabajar era deshonoroso. Y no crea nadie que así pensaba solamente la plebe y que los pensadores pensaban mejor. No. Aristóteles dice: "La ciencia del amo redúcese a saber aprovecharse de su esclavo. Es amo no porque aquel hombre le pertenece en propiedad, sino porque sabe servirse de la cosa. El esclavo forma parte de la riqueza de la familia."<sup>13</sup> Platón dejó escrito: "La Naturaleza no hace zapateros ni herreros; semejantes oficios degradan a los que los ejercen, viles mercenarios, miserables anónimos que, por ejercerlos, deben ser excluidos de los derechos políticos. A los comerciantes, gente que vive de mentir, se les soportará en la ciudad como un mal necesario. Al ciudadano que se envilezca haciéndose tendero se le perseguirá por ello, y si se le prueba, se le castigará con un mes de cárcel."<sup>14</sup> Por su parte, Jenofonte añade: "Ningún trabajador desempeña cargo público y hay sobrada razón para ello. La mayor parte véense condenados a estar sentados el día entero y algunos expuestos continuamente a la acción del fuego, lo que por necesidad ha de estragarles el cuerpo, y de esto es forzoso que el espíritu se resienta."<sup>15</sup>

Por tanto, ninguna ciudad puede existir no habiendo esclavos que trabajen para los verdaderos hombres, los ciudadanos. El mismo Aristóteles expuso en toda su pureza la doctrina de la necesidad de la esclavitud: "La Naturaleza misma la ha creado. En la especie humana hay individuos tan inferiores a los otros como el cuerpo lo es respecto del alma, o el animal en comparación con

<sup>13</sup> Aristóteles: *La Política*; 14, Madrid, 1898.

<sup>14</sup> Platón: *Leyes*.

<sup>15</sup> Jenofonte: *Memoriabilia*; "Biblioteca clásica española".

el hombre. Éstos son los apropiados a los trabajos corporales, por incapaces de hacer nada más perfecto. La Naturaleza los ha destinado a la esclavitud, ya que sólo sirven para obedecer. Por tanto, ¿qué diferencia existe, después de todo, entre el esclavo y la bestia? Los servicios que nos prestan se parecen, ya que sólo por su cuerpo nos son útiles. De estos principios lógicamente se deduce que la Naturaleza ha creado a unos hombres para la libertad y a otros para la esclavitud, y que es justo y conveniente que el esclavo obedezca."<sup>16</sup>

*Revolución y Lucha de Clases en la Polis Griega.*—La explotación del hombre por el hombre era menos dura en Atenas que en Roma. En Atenas no había castas entre los hombres libres, porque los esclavos no cuentan como hombres, y cualquier individuo resuelto podría alcanzarlo todo, menos la ciudadanía. Pronto advirtieron los atenienses, eso sí, que bajo las libres leyes de la ciudad, el rico se hacía más rico y el pobre más pobre. La diosa de la libertad no tenía amistad por la diosa de la igualdad. Por eso, la lucha de una clase contra otra, de los pobres contra los ricos, una guerra más larga y acerba que la de Grecia y Persia, llena con febril turbulencia la vida de las ciudades griegas.

Tucídides describe, en un pasaje que no ha perdido actualidad, la lucha de clases en la *polis* griega: "Durante siete días los corcirenses se dedicaron a matar a todos aquellos que consideraban como enemigos, acusándolos de querer destruir la democracia; pero hubo algunos que fueron muertos por enemistades privadas y otros por sus deudores, a causa de las sumas de dinero que éstos les debían. Se mató de todas las maneras, viéndose todos los casos que suelen darse en semejantes circunstancias y aun cosas que excedían lo usual. El padre asesinaba a su hijo y se sacaba de los templos a los suplicantes dándoseles muerte cerca de estos sagrados lugares... La revolución se extendía, pues, de ciudad en ciudad; y aquellas en que se producía la agitación con posterioridad, recogiendo las experiencias anteriores, llevaban a un grado extremo el refinamiento en sus procedimientos de ataque y la atrocidad de sus venganzas... Corcira fue la que primeramente dio el ejemplo para estos crímenes: de los actos de venganza cometidos por los gobernados (quienes nunca habían conocido un trato justo, ni otra cosa sino violencia de sus gobernantes). Todos estos males provenían del afán de dominación a que conducen la codicia y la ambición... Pues los dirigentes de las ciudades, dando preferencia, bajo un nombre especioso, en unos casos a la igualdad política del pueblo y en otros a la aristocracia, trataban de beneficiarse, mientras decían buscar la felicidad general, y en su afán de desplazarse los unos a los otros se entregaban a los máximos

<sup>16</sup> Aristóteles: *La Política*; 16.